

(1° año E.M.)

El verdadero final de la Bella Durmiente.

Ana María Matute

PRIMERA PARTE:

EL PRÍNCIPE Y LA PRINCESA

Todo el mundo sabe que, cuando el Príncipe Azul despertó a la Bella Durmiente, tras un sueño de cien años, se casó con ella en la capilla del Castillo y, llevando consigo a la mayor parte de sus sirvientes, la condujo, montada a la grupa de sucaballo, hacia su reino. Pero, ignoró por qué razón, casi nadie sabe lo que sucedió después. Pues bien, éste es el verdadero final de aquella historia.

El reino donde había nacido el Príncipe, y del que era heredero, estaba muy alejado del de su esposa. Tuvieron que atravesar bosques, praderas, valles y aldeas.

Allí por donde ellos pasaban, las gentes, que conocían su historia, salían a su paso y les obsequiaban con manjares, vinos y frutas. Así, iban tan abastecidos de cuanto necesitaban, que no tenían ninguna prisa por llegar a su destino. No es de extrañar, pues aquél era su verdadero viaje de novios y estaban tan enamorados el uno del otro que no sentían el paso del tiempo.

Cuando acampaban, los sirvientes levantaban tiendas, disponían la mesa bajo los árboles y extendían cojines de pluma de cisne para que reposaran sobre ellos. Así, poco a poco, y sin que apenas se dieran cuenta, fueron pasando los días, los meses, y la Princesa comunicó al Príncipe que estaba embarazada y que su embarazo ya era bastante avanzado. Entonces comprendieron cuanto estaba durando aquel viaje, viaje que luego recordarían como una de las cosas más hermosas y felices que les habían ocurrido. Algunas veces, cuando el paraje que atravesaban era propicio, el Príncipe Azul, que era muy aficionado a la caza —como casi todos los hombres de aquella época—, organizaba cacerías, ya que llevaban con ellos a todos los monteros yojeadores que también habían acompañado en su largo sueño a la Princesa, gracias a los previsores que habían sido sus padres. Aunque todos parecían un

poco amodorrados, porque uno no está durmiendo durante cien años para luego despertarse ágil y animoso. La Princesa parecía una rosa recién cortada pero, naturalmente, el beso del Príncipe que la despertó no se repitió en cuantos la acompañaban. Bastante tuvieron con despertarse por su cuenta, una vez roto el maleficio de la perversa hada, que les encantó de forma tan injusta como estúpida. Así, iban quedando atrás los bosques umbríos donde gruñía el jabalí, las praderas verdes donde pacían las ciervas con sus cervatillos, las fuentes donde, según decían, de cuando en cuando solían aparecerse las hadas, y los misteriosos círculos de hierba apisonada, aún calientes —el Príncipe Azul y la Bella Durmiente los palpaban con respeto y un poco de temor—, donde, a decir de sirvientes y aldeanos, danzaban las criaturas nocturnas —silfos, elfos, hadas y algún que otro gnomo— en las noches de luna llena. Fueron haciéndose cada vez más raros los pájaros alegres, ruiseñores y petirrojos, abubillas y riacheras, y aquellos otros, de nombre desconocido, que parecían flores errantes. Desaparecieron las bandadas de mariposas amarillas, las aves emigrantes que volaban hacia tierras calientes; se apagó el cristalino vibrar de las libélulas sobre el silencio de los estanques. Día a día, iban adentrándose en tierras oscuras, donde el invierno acechaba detrás de cada árbol. Los bosques se hacían más y más apretados y oscuros, más largos y difíciles de atravesar. Las hojas se habían teñido de un rojo amoratado, y aunque bellísimas, si el sol cuando llegaba hasta ellas les arrancaba un resplandor maravilloso, la Princesa sentía un oscuro temblor, y se abrazaba al Príncipe. Al cabo de unos días, se adentraron en una región sombría y pantanosa. Ya no acudían gentes a recibirles con presentes y músicas. Entre otras razones, por la muy poderosa de que no aparecían por ninguna parte pueblos, aldeas o villas. El otoño estaba muy avanzado, pero no se veían ya hojas doradas, ni rojas, ni atardeceres de color púrpura. Las nubes tapaban el cielo, árboles desnudos alzaban sus brazos retorcidos contra el cielo, y sólo páramos y roquedales salían a su encuentro. Los sirvientes y monteros estaban bastante inquietos. Incluso alguno de ellos huyó durante la noche. De modo que el séquito era cada vez menos numeroso. Aparecieron aquí y allá esqueletos de animales, y aves lentas, oscuras y de largos gritos planeaban en círculo sobre sus cabezas.

Al fin, entraron en un bosque tan espeso y oscuro, que los rayos del sol, débiles y escasos, apenas se abrían paso en él. No se parecía en nada a los bosques que la Princesa recordaba de su niñez, ni a los que había conocido durante la primera etapa de su viaje. Era un bosque salvaje, obstruido por raíces gigantescas, donde abrirse camino requería gran esfuerzo. Las noches pobladas de gritos de lechuzas sobresaltaban su sueño, y apenas volvían a dormirse, amanecía. Lejos quedaban las noches cálidas bajo las estrellas, cuando, en la tienda de seda roja que habían armado los sirvientes, se abrazaban y amaban el joven Príncipe y la joven Princesa. Ahora también se abrazaban, pero su abrazo estaba dividido entre el amor y el miedo.

Aquél era, sin duda alguna, un bosque diferente a todos los conocidos. Y, cuando menos se esperaba, el largo aullido de algún animal desconocido lo atravesaba y dejaba su eco colgando de las ramas que, luego, el viento sacudía y esparcía. «Acaso —pensó la Princesa— sea un bosque embrujado». Porque, en ocasiones, pudo distinguir entre los helechos, las ortigas y la alta hierba, carreras veloces o huidas diminutas e inquietantes criaturas que ella jamás había visto antes, y de las que sólo su nodriza le había hablado en su infancia. Dos o tres veces creyó distinguir suscaritas, que a primera vista parecían traviesas, para inmediatamente traslucir una refinada maldad. Luego, desaparecían entre las altas hierbas, y ella no sabía decirse si fueron verdaderas o las había imaginado o confundido con insectos, pequeños animales o diminutas criaturas del fondo de la maleza.

Cuando por fin decidió preguntar al Príncipe el por qué de aquellas apariciones, se dio cuenta de que él no parecía haberlas notado. Es más, no se mostraba inquieto, ni temeroso, sino más bien tranquilo y confiado.

—Estamos ya en las tierras de mi padre —dijo.

Y parecía satisfecho.

Al fin, penetraron en un tramo del bosque donde todo aparecía tan oscuro, apretado y retorcido como ella jamás pudo imaginar. Los árboles, las ramas y hasta los helechos se contorsionaban de tal manera que, más que un bosque, parecía un nido de pulpos gigantescos.

—¿Éste es tu reino...? —le preguntó, llena de inquietud al Príncipe Azul.

Pero él la abrazó y dijo:

—Mi reino eres tú y yo soy tu reino.

Tras lo cual, ella no supo que contestar, y sus pensamientos se desviaron hacia otros asuntos mucho más placenteros.

Día a día, mientras avanzaban por aquel bosque que parecía no iba a terminarse nunca, los caballos se asustaban, se encabritaban y los servidores, incluso los monteros, huían. El séquito de la Princesa se había reducido, casi, a menos de la mitad. Ni siquiera había permanecido a su lado una sola de las doncellas. Encantadas por el clima de amor y felicidad de los primeros tiempos, se habían enamorado, ora de este palafrenero, ora de aquel paje, ora de este montero... y habían desaparecido con ellos, hacia quien sabe dónde. Un día, la Princesa, que sentía ya en sus entrañas los jugueteos del niño que llevaba dentro, preguntó:

—Cuando me despertaste con un beso, los árboles y los arbustos florecían, y la hierba, y hasta las ortigas, despedían un maravilloso perfume, que nunca olvidaré... ¿Qué ha pasado? ¿Por qué han desaparecido el canto de los mirlos, y las flores, y el sol?

—Es que entonces era primavera —contesto el Príncipe— y ahora se acerca el invierno... Pero, a nosotros, ¿qué nos importa?

Y se abrazaron, y se amaron, y todo lo demás desapareció a su alrededor.

Desapareció en su mente, pero no en la realidad que les rodeaba. Ellos pensaban que ni la oscuridad, ni la perversidad que se ocultaba tras el tallo de cada hoja, ni los aullidos de los lobos que acechaban a su paso, existían realmente. Claro que ninguno

de los dos había alcanzado eso que las gentes llaman edad de la razón. Y a pesar de todo, a medida que se adentraban más y más en el bosque, más y más iba encogiéndose el corazón de la Princesa, ovillándose en sí mismo, como uno de aquellos animalitos tan suaves y confiados, que caen atrapados en la primera trampa tendida a su paso. Y por fin, un día, salieron del bosque y dejaron atrás el último de sus árboles.

Sobre un montículo rocoso, rodeado de niebla, apareció la silueta de un castillo. Parecía formar parte de la niebla, era en sí mismo como una figura hecha de niebla aún más oscura, de contornos imprecisos.

—¿Es este tu castillo? —pregunto tímidamente la Princesa.

Pero claro, cuando se han pasado cien años dormida, es natural que cuanto se presente a tu mirada resulte un poco raro.

—Y el tuyo —dijo alegremente el Príncipe, que no parecía acusar lo tenebroso del ambiente. A fin de cuentas, había nacido y crecido allí, y uno permanece apegado a su infancia y, cuantos más años pasan, menos advierte los defectos que pudiera tener el entorno donde transcurrió.

—¿Qué es esa cosa negra y viscosa hacia la que vamos? —pregunto la Princesa.

Pero el Príncipe Azul parecía tan feliz, que no entendió del todo la pregunta y sólo dijo:—Es el Castillo donde tú serás reina, mi reina, algún día.

Los enamorados dicen a veces cosas así, y es mejor no hacer demasiado caso.

Pero quien las oye se siente muy satisfecho, y así se sintió la Princesa. Cuando ya se hallaban frente al castillo, la Bella Durmiente pudo ver que de su foso surgía una especie de neblina muy oscura, y que un olor a fango y raíces podridas brotaba de él,

mezclándose al chapoteo de animales que ella no conocía. Como desconocía tantas cosas, y era consciente de su ignorancia de cien años, no dijo nada. Pensó que las costumbres habían evolucionado bastante desde el día en que ella se pinchó con el fatídico huso. Bajaron el puente levadizo, chirriaron las cadenas, y dos heraldos vestidos de color verde musgo anunciaron su llegada. Apenas pudo distinguirlos entre los vapores que surgían del foso, pero sí pudo ver claramente, sobre su cabeza, por encima de las torres, los vuelos de dos grandes milanos que trazaron un círculo, como observándoles, y luego remontaron el vuelo y desaparecieron tras las almenas. La Princesa atravesó los umbrales del Castillo y el patio de armas, y llegó ante la pequeña escalinata de piedra que conducía al torreón principal. Esperaba que, por fin, encontraría algo, o alguien, que alegrase o dulcificara su llegada. «Las apariencias engañan», solía decirle su nodriza, cada vez más añorada... Pero las nodrizas, o las madres, o las viejas tías, se equivocan o aciertan como cualquiera.

Al pie de la escalinata, su cortejo, ya muy escaso, se detuvo. Era una escalinata de piedra gris, húmeda y cubierta de musgo, como si nadie la cuidara, porque en las juntas crecían malas hierbas y se

veían hojas podridas. Entonces la Princesa comprendió que la primavera había muerto hacía tiempo, mucho tiempo, y que ella apenas se había dado cuenta. Pero no sólo la primavera, sino el verano, con su tienda de seda roja, su mesa de manteles de lino y copas de plata bajo los almendros. Y también el dulce otoño, que hacía de árbol una lámpara, y convertía en música las fuentes, los arroyos y los manantiales. Habían muerto las flores, las espigas y los membrillos dorados, y sólo quedaban ellos dos, de pie ante una larga escalinata de invierno y viento. Oyó piafar a los caballos y un frío desconocido se apoderó de su corazón. Los goznes de la gran puerta de entrada al torreón chirriaron, se abrieron las dos hojas lentamente, y pareció que una manada de lobos se hubiera puesto a aullar, en alguna parte, no muy lejos de allí. En el marco de la puerta se alzaba una silueta entre la luz de las antorchas. Era alta y delgada y, por supuesto, majestuosa.

La Princesa comprendió casi en seguida que se trataba de su suegra, la Reina Madre, que se llamaba Selva, pero no acertó a ver su rostro, ya que las sombras de la tarde lo ocultaban, y sólo había luz, luz roja y temblorosa, a sus espaldas. Tal como le habían enseñado desde niña, la Princesa inició una reverencia, pero el Príncipe rodeó con su brazo su cintura y la ayudó a subir los escalones. No parecía intimidado, sino más bien alegre, y acercándola a su madre, dijo:

—¡Abandona los protocolos! Ésta es mi madre y, desde ahora, también será la tuya. Abrazaos, y nada de reverencias ni cosas parecidas. Algo como un leve temblor, como un vientecillo helado que inesperadamente nos estremece y nos obliga a abrigarnos al final del verano, llegó hasta el corazón de la Princesa. Pero el Príncipe ya la había empujado hacia su madre, y se sintió estrechado por unos brazos tan fuertes y duros como cadenas de hierro. Entonces oyó por vez primera la voz de la Reina Madre, dándole una sucinta bienvenida. Era una voz baja, algo ronca, pero que parecía despertar ecos de cueva en cada rincón, aunque fuese al aire libre. Arrastraba las eses, como un silbido. Más tarde, cuando al fin pudo ver su rostro a la luz de las antorchas, velas y fuego de la gran chimenea del lugar donde cenaron, y que la Reina llamaba refectorio, la Princesa pudo ver un rostro delgado y apenas sin arrugas, muy pálido, coronado por cabellos —los que escapaban de

una especie de cofia muy adornada, que cubría su cabeza— tan negros como los podían tener una muchacha de veinte años.

Tenía ojos grandes, en forma de pez, y con el contorno muy oscuro, como si los hubieran reseguido con un pincel de humo. Y sus pupilas, también muy grandes y brillantes, tanto que apenas si dejaban ver la cornea, tenían un color cambiante, indefinido. A la sombra de los párpados, parecían negras, pero a la luz de las llamas—el sol no entraba nunca en ellas, como pudo comprobar más tarde— lucían amarillas y fosforescentes, como el azufre. Sus manos eran largas, con dedos muy delgados, con la piel tan fina que se transparentaban las venas. La Princesa recordó, viéndolas, algunos riachuelos que había visto, siendo niña o en el viaje que la condujo hasta allí. Al extremo de sus dedos tenía uñas largas, bien cuidadas y limpias, que se curvaban levemente como caparazones de crustáceos. Según pudo comprobar luego, la Reina Madre era vegetariana. Pero no despreciaba el vino. Todo lo contrario, vaciaba su copa una y otra vez, durante las largas comidas que tenían lugar en el castillo. Entonces podía descubrirse en aquellas pupilas una llama medio oculta, capaz de prender fuego a cuanto mirase. Respecto al Rey, padre del Príncipe Azul y esposo de la Reina Selva, se encontraba muy lejos de allí, ocupado en alguna de sus continuas guerras. Ni siquiera se había enterado de la aventura nupcial de su hijo. La Princesa tuvo la sospecha de que el Rey se hallaba muy a gusto fuera del castillo y de sus tierras, peleando con vasallos rebeldes y condes levantiscos; o emprendiéndola con algún país vecino del que, por una u otra razón, decía tener derecho o simplemente deseaba apoderarse.

Así pasaron los días, y los meses. El Príncipe Azul y la Bella Durmiente parecían vivir en continua luna de miel, y la Reina Madre, por su parte, no se inmiscuía para nada en sus vidas. De manera que todos parecían felices. Alguna que otra vez, la Princesa vio deambular a su suegra por el jardincillo que rodeaba el torreón donde ellos habitaban. Siempre seria, muy seria, deteniéndose aquí y allá para observar con cuidado alguna cosa que llamaba su atención y que la Princesa no atinaba jamás a descubrir. Una vez, o quizás dos, si pudo darse cuenta de que mandaba a su Pajecillo, un muchacho que más parecía un enano que un niño, a atrapar un pájaro. El ave desaparecía entre las manos de la Reina Madre, como si se esfumara. La Princesa supuso que lo guardaría en alguna jaula,

porque no los mataba, ni los ordenaba matar. Pero nunca vio jaula alguna, ni pájaro, grande o pequeño, por parte alguna del Castillo. Tal vez los amaestraba y les dejaba volar por sus habitaciones, tal y como vio hacer antaño a su niñera con un par de periquitos rosa y azul. Y estos recuerdos enternecían su corazón, y se decía: «Seguramente la Reina es una buena mujer, y parece tan seria porque el Rey anda por ahí peleando con todo el mundo, en lugar de estar aquí, dándole todo su cariño, como hace el Príncipe conmigo». Y no volvía a preocuparse más por ella, del mismo modo que ella no se preocupaba por ellos dos.

Algunas noches, sobre todo al principio, cenaban los tres juntos, y pronto se dio cuenta la Princesa de que cuando su suegra veía servir platos de aves o caza —el Príncipe seguía siendo tan aficionado a las cacerías como su padre a las guerras—, o simplemente empanadas rellenas de liebre, jabalí, ciervo o cualquier otro animal comestible, palidecía hasta el punto de que su piel casi podía transparentar su calavera. Aparte de que tamaño espectáculo le hacía perder el apetito, pensó que no había por qué ofender a su suegra con semejantes cosas, y ordenó que cuando ella presidiera su mesa sólo les fueran presentados platos de hortalizas y verduras. Poco después la Reina Madre renunció a honrarles con su presencia durante las cenas.

Al poco tiempo, la Princesa dio a luz una niña tan hermosa como la primera luz de la mañana, y quizás por eso, la bautizaron con el nombre de Aurora. Como recordaban las vicisitudes que había acarreado el bautizo de la Princesa, decidieron, de buen acuerdo, bautizarla en la más estricta intimidad, sin invitaciones a hadas ni cosa parecida. Por otra parte, no resultó difícil, porque no conocían a ninguna hada ni a nadie que se le pareciera. En aquellas soledades, raro era que se presentase siquiera un triste barón de poca monta a rendirles homenaje, puesto que, caso de que quedara alguno por los alrededores, el Rey se había encargado de dar buena cuenta de él. La pequeña Aurora crecía tan bonita como su madre y tan simpática como su padre. Cuando cumplía apenas un año, la Bella Durmiente quedó nuevamente embarazada. No era extraño, puesto que los príncipes, aparte de la caza, los juegos y las comidas, no tenían mejor cosa que hacer que amarse, y no era poco. De modo que, pasado el tiempo de rigor, la Princesa dio

nuevamente a luz, esta vez un niño. Yera muy hermoso, incluso más que su hermana, que ya es decir. Y por eso decidieron ponerle por nombre Día. Cuando Día tenía tres años, cierta mañana en que el sol doraba los trigaleslejanos, el vigía lanzó desde su torre una larga llamada de su cornamusa.

Los soldados del Castillo, gentes que el Rey, por una u otra razón, no había llevado consigo, eran hombres de avanzada edad, o tan poco duchos en el manejo de las armas que casi nada podían hacer en caso de alarma. Por alguna razón, el Rey sabía que nadie atacaría ni su castillo, ni sus tierras. Pero ésta es una cuestión que ya se verá más adelante. En el caso que nos ocupa, aquellos soldados eran gentes dicharacheras y dadas a la cerveza, los dados y las largas siestas. La llamada de la cornamusa les cogió de improviso, y como pudieron, y mal pertrechados, formaron bajo las ordenes de su capitán. Era éste un hombre tan viejo que se necesitaban otros tres para montarlo en su caballo, y algunos más para que no se cayera luego de él. Aunque debe decirse que más por causa de la cerveza que por la edad.

Estaban tan poco acostumbrados a estas cosas, que hubo mucho barullo y desconcierto antes de descubrir que, efectivamente, alguien se aproximaba al castillo.

Y era alguien que venía acompañado de nutrida tropa, a tenor de la polvareda que levantaban y del brillo que los pálidos rayos del sol encendían en sus cascos y armaduras.

Pero no tardaron en saber lo que ocurría. Aquello que les había parecido una tropa agresiva no era más que un maltrecho resto de tropas, entre las cuales el que no llevaba vendada la cabeza iba con el brazo en cabestrillo. Y si aquél iba apoyado en muletas, aquel otro sufría tantas contusiones como si le hubieran pasado por encima cuatro caballos salvajes. Pero no era esto lo peor. El Rey venía derrotado y malherido, tendido en un carro arrastrado por bueyes, envuelto en pieles y con el rostro tan blanco que poco bueno podía esperarse de él. Cuando le trasladaron a sus aposentos, el Príncipe y la Princesa lloraban desconsolados. El Rey, aunque maltrecho, parecía un hombre animoso y aún tenía ganas de bromear. Pero no pregunto por la Reina, ni ella se presentó a él o se acercó a su lecho. Al día siguiente, después de que el físico le hubiera aplicado algunas sanguijuelas, cosa que aún pareció dejarlo

en peor estado, el Rey llamo a su hijo a sulado. —Hijo mío —dijo con voz débil pero bien audible—, me alegro mucho de que te hayas casado con una princesa de linaje tan claro..., aunque pobre, porque tras los cien años en que estuvo dormida, hoy día su reino esta que da pena. Pero es muy bella y te ha dado hijos sanos, fuertes y hermosos. Al llegar a este punto de su discurso, el Rey vacilo, porque sus fuerzas se acababan. De todos modos, aún tuvo arresos para continuar:

—Tú eres mi hijo y, en cuanto yo muera, cosa que ocurrirá de un momento a otro, serás el rey de este país. Por tanto, te ordeno que prosigas la lucha que yo he interrumpido momentáneamente... ¡Y que venzas a mi enemigo Zozogrino! Hasta que no consigas esto, no podrás ser coronado rey. Y no regresaras a este lugar ni hallaras reposo en la tierra, si no lo haces así. Mi fantasma y mi rencor te perseguirán, a ti y a tus hijos, y a los hijos de tus hijos, y a los hijos de...

Cuando llegaba a sus tataranietos, la voz y el corazón le fallaron, y el Rey murió como muere todo el mundo y como moriremos nosotros algún día.

El Rey fue enterrado en el cementerio real, detrás del monasterio donde, por cierto, sólo quedaban el Abad y cuatro frailes, además del cocinero y de los legos que cuidaban del huerto. «¿Por qué hay tan poca gente en este reino?», se preguntaba la Bella Durmiente. Pero luego se decía: «En cien años, cambian tanto las costumbres...».

Enterraron, como queda dicho, al viejo Rey, y el joven Príncipe debía cumplir las órdenes dadas por su padre, si quería ser coronado. Y si quería, porque, ¿quién no lo quiere? Sobre todo si no se tiene mejor cosa que hacer, como era su caso.

Llovió mucho, cayeron las hojas de los árboles. El Príncipe seguía con pocas ganas de guerrear por causas que desconocía, contra gentes que conocía todavía menos. Y los bosques pasaban del incendio rojo y dorado del otoño al viscoso frío y los barrizales que anunciaban el invierno. De modo que, entre unas cosas y otras, empezaba el deshielo cuando, empujado por la Reina Selva, que le recordaba la promesa hecha a su padre, el Príncipe Azul se despidió de la Princesa, de sus hijitos y de su madre (que, por cierto, parecía poco llorosa). Aunque, claro está, una reina como es debido no llora jamás en público.

El Príncipe había reunido, un poco por allí, y un poco por allá, con pocas ganas y mucha amargura en el corazón, un ejército más o menos decente. Es tan bonito ser príncipe, cuando se tiene una princesa como la Bella Durmiente por esposa, y tan pocas obligaciones como cazar, jugar al ajedrez o jugar entre las flores, que cualquiera de nosotros hubiera sentido lo mismo que él, en su lugar. De modo que, una tarde triste y dorada, partió con sus hombres y sin tener la menor idea de lo que era una contienda, ni de lo que eran el odio o la ambición, hacia los lejanos campos de batalla donde, al parecer, le aguardaban las huestes del feroz Zozogrino, al que jamás había visto ni en pintura.

El día después de la partida de su hijo, la Reina Madre, que hasta el momento había vivido en una discreta sombra, apareció, súbitamente, en todo su esplendor. Mando llamar a la Princesa, acompañada de sus hijos, a sus habitaciones.

Cuando les tuvo delante, dijo:

—Querida niña, este castillo es demasiado triste y oscuro para una criatura tan linda y alegre como tú, y para unos nietecitos tan llenos de vida y alegría. Mientras dure la ausencia de mi hijo, vamos a trasladarnos a una hermosa finca, donde poseo una gran casa y sus alrededores, llenos de verdor, flores y pájaros. Allí tú y los niños disfrutareis de la naturaleza, y viviremos felices, esperando el regreso de mi hijo, el que será nuestro amado rey.

Parecía contenta y, por primera vez, la Bella Durmiente vio su sonrisa. Pero, en lugar de alegrarla, aquella sonrisa la estremeció. Dos largos, aunque, eso sí, blanquísimos colmillos, la flanqueaban. Luego, tan rápidamente como habían aparecido, desaparecieron.

La Reina Madre palpó con suavidad, uno tras otro, los carrillos de manzana de sus nietos, pasó el dedo índice por la barbilla de la Princesa, muy delicadamente, y su suña larga, pulida y muy cuidada, lanzó destellos.

—Estas caritas están pálidas, demasiado pálidas. Allí donde os llevaré, florecerán rosas en vuestras mejillas, crecerán y se desarrollarán vuestros cuerpecitos, y la carne de vuestros...

Y aquí enmudeció, porque su voz se había vuelto ronca, como ocurre con la de los que están dominados por la gula ante una buena empanada.

La Princesa sintió aquel dedo en su barbilla como el paso de un lagarto, y, aunque

pensó que su suegra decía cosas bastante cursis, se guardó de hacer comentarios. Al día siguiente, cuando la Princesa despertó, los preparativos de la mudanza ya estaban en marcha. El castillo entero parecía sacudido desde las almenas de la torre vigía hasta las mazmorras. Algo, sin embargo, entre tanto barullo, llamó la atención de la Princesa: ninguno de los sirvientes que les habían sido fieles aparecía por ninguna parte. En su lugar, una turba multa indefinible se afanaba de aquí para allá, sin que ella pudiera reconocer a nadie entre ellos.

—Señora —dijo en cuanto le fue posible alcanzar a su suegra (se le hacía muy difícil llamar madre a quien no fuera aquella que recordaba con amor y ternura)—

¿dónde están mis servidores, aquellos que me han acompañado tantos años...?

—Niña —contestó la Reina Madre—, ¿no crees que después de ciento y pico de años merecen algún día de descanso? No te preocupes, he dispuesto que nos acompañen cuantos necesitemos y que nos sirvan como debe ser. Allí donde vamos reinan la paz y la tranquilidad. Sólo las ardillas cuando roen nueces, o el paso de los caracoles sobre las hojas, podrán romper el silencio que nos rodea. Disfrutaremos de una soledad tan hermosa y profunda como la de los bosques que nos rodean.

La Princesa, al principio, sintió un escalofrío. Luego, a medida que la Reina Madre hablaba, quedó prendada de su voz y, sobre todo, de su sonrisa. Era la segunda vez que la veía sonreír. Pero, cuando quedaron al descubierto aquellos largos, blanquísimos y relucientes colmillos que casi parecían más propios del jabalí que de una humana criatura, una creciente timidez la hizo enmudecer.

Después, la sonrisa de la Reina Madre desapareció con la misma rapidez con la que había asomado. Y cuando la Bella Durmiente se retiró a sus habitaciones, sólo guardaba de aquella sonrisa y de aquellas palabras lo que puede guardarse de un solitario rayo en medio de una tormenta de verano. Por más que la Reina Madre dijera que el lugar a donde se dirigían estaba «no muy lejos», la verdad es que llevaban ya tres días de camino a través de valles y bosques casi desiertos. Les acompañaban únicamente los soldados de la guardia personal de la Reina Selva —era la primera vez que la Princesa les veía—, su montero mayor y una anciana muda que la Reina había nombrado doncella personal de la Princesa. Sólo se

notaba que estaba viva por la mirada, fija y brillante, de sus grandes ojos de lechuza. No parecía mala persona, pero la Princesa pronto se dio cuenta de que no podía contar con ella para nada que no fuese vestirla, preparar su baño y atender a sus necesidades más primarias, porque ni oía, ni hablaba. Y esto la inquieto bastante, porque se hallaba sola con sus hijitos aún tan pequeños, en manos de su suegra. Y, apesar de que no tuviera motivos fundados para desconfiar de la Reina Madre, se adueñaba de su corazón, día a día, una inquietud creciente, aunque no conociese el por qué.

Al cuarto día de viaje, después de atravesar el bosque más espeso y oscuro, aunque bello, que ella conocía, apareció un claro tan grande que podía contener una gran casona de cuatro pisos, con tejadillos de pizarra y buhardillas de color azul oscuro. Varias chimeneas sobresalían de éstas, y la Princesa quedó muy admirada, porque, en su tiempo, no existían casas como aquella.

Se guardó muy bien de decirlo, porque era orgullosa y no quería pasar por anticuada ante una mujer que, en apariencia, con creces hubiera podido pasar por su abuela.

Las cinco chimeneas desprendían humo, la casa estaba rodeada de un jardín muy grande. Aunque, según pudo comprobar la Princesa a medida que lo atravesaba, muy descuidado y lleno de malas hierbas. Si se alzaba la mirada, sólo altas y lejanas montañas, y oscuros y apretados bosques, se ofrecían a su alrededor. Y tan espeso que, a buen seguro, la luz del sol apenas podía atravesar las ramas de sus árboles.

Cuando la Reina Madre descendió de su carroza, la Princesa comprobó que la había seguido y acompañado hasta allí un cortejo muy especial, nunca visto por ella hasta entonces. No lo componían propiamente enanos, ni pajes de corta edad. Eran criaturas de apenas dos o tres palmos de estatura, piernas cortas, grandes cabezas que en ocasiones carecían de cuello y eran simplemente continuación del torso. Le recordaron algunas plantas cucurbitáceas —como melones, calabazas y calabacines...

—, pero dotadas de movimiento. En sus caritas pálidas relucían pequeños ojos de un negro tan brillante como los abalorios que adornaban el vestido de la Reina Madre.

Parecían sacudidas casi todo el tiempo por alguna especie de risa interior, maligna, recóndita, astuta y vieja como el mundo. El mundo que ella, dormida a los quince años, para otros cien, no había tenido

oportunidad de vivir. Y pensó si no se trataría de una raza por ella desconocida, de enormes y medio humanos insectos.

«Después de mi sueño de cien años, cuantas cosas han cambiado en este mundo —pensó—. Calla y no reveles tu ignorancia».

Aquellas criaturas emitían chillidos y murmullos, parecidos a los que produce el viento al filtrarse por las rendijas de una vieja casa, durante las noches invernales. Pero lo que a oídos de la inocente Princesa eran únicamente crujidos de maderas, y viento, era en realidad un lenguaje que sólo entendía la Reina Madre.

Escuchándolo, reía tan alegremente y sin rebozo como nunca la había visto reír antes la Princesa. Y como a aquella hora el sol empezaba a ocultarse tras las altas montañas y encendía cuanto tocaba, los largos colmillos de la Reina se iluminaron súbitamente y se volvieron, por unos instantes, rojos como la sangre.

El adusto caserón era, sin embargo, bastante confortable por dentro, y esto levantó el ánimo de la Bella Durmiente. Incluso le pareció bello. De sus paredes colgaban tapices que representaban escenas de cacerías, y había alfombras en la gran sala. En la chimenea central ardía un buen fuego que caldeaba el ambiente, y grandes candelabros esparcían su luz dorada por todas partes.

Una larga mesa, cubierta con manteles de lino, les ofreció, en lugar de las frías y resacas viandas del camino, succulentos manjares que, en grandes fuentes, esparcían aromas apetitosos. Dos de aquellos extraños sirvientes que acompañaban a la Reina

Madre les ofrecieron, en aguamaniles de plata, agua perfumada, para lavarse las manos. Y una vez hecho esto, las secaron cuidadosamente con finos paños de lino, primorosamente bordados.

La Princesa se tranquilizó un tanto, puesto que allí, según veía, todo era distinto al lóbrego Castillo que habían dejado atrás. Por primera vez, desde que su Príncipe la dejó sola, sonrió. Pero aún le aguardaban otros descubrimientos.

La primera de las variadas sorpresas que le aguardaban fue comprobar, aquella misma noche, que la Reina Madre había dejado de ser vegetariana. No faltaron las hortalizas y legumbres en la succulenta cena que les fue servida, pero sólo como acompañamiento de asados y empanadas, tanto de carne como de pescado. Todo ello exquisitamente cocido y en su punto. El vino, por supuesto, no fue escatimado, ni siquiera a los niños, por lo que Día

se mostró muy contento y, al final de la cena, le obsequió con unas cuantas cabriolas y volteretas que merecieron, en lugar de una reprimenda de su severa abuela, como temía la Princesa, unos ligeros aplausos benevolentes. Luego, la Reina Madre le ordenó aproximarse y, tomando con mucha delicadeza un pedacito de carrillo de su nieto entre los dedos, murmuró:

—Delicioso, delicioso... Tras lo cual dio por concluida la velada, y todos se fueron a la cama.

Cuando la Princesa llegó a su aposento, lo halló tan confortable y bien amueblado como el resto de las habitaciones. También ardía allí un buen fuego, y se sintió suavemente adormecida por el bienestar que se respiraba, en contraste con lo que había vivido tras la partida de su marido hacia las tierras de Zozogrino. Incluso le recordaba sus días de infancia en el castillo de sus padres, y el calor de su amada nodriza. La dulzura y la ensoñación de los recuerdos, junto a los vapores del abundante vino de la cena, iban apoderándose de ella, mientras la anciana de ojos de lechuga la desnudaba.

Estaba a punto de acostarse en el gran lecho, cubierto de sábanas perfumadas de espliego, cuando se dio cuenta de que una espesa cortina de yedra tapaba casi completamente sus ventanas. No dijo nada, entre otras razones porque hablar con la vieja doncella hubiera sido igual que hacerlo con un muro, pero se acostó con una mezcla de bienestar, curiosidad y desasosiego, que pronto el sueño desvaneció.

Era muy tarde cuando el sol, abriéndose paso con un gran esfuerzo entre las hojas de yedra, consiguió penetrar en la habitación de la Bella Durmiente. Hacía rato que los pájaros revoloteaban en el jardín y en los bosques que les rodeaban. Por primera vez, la Princesa prestó atención a sus parloteos, puesto que vinieron a su memoria las lecciones que su nodriza le había impartido sobre el lenguaje de los pájaros.

Y lo que les oyó decir, cada vez más claramente, fue:

—Niña, niña, escapa de este lugar...

Aunque pronto se extinguió el parloteo de los pájaros, y la vieja doncella entorpeció para bañarla y vestirla, la Princesa quedó con cierta inquietud dentro del corazón.

Pero, lo que creía entender por la mañana, lo desechaba más tarde, pues todo en la casa parecía apacible y agradable. Sus hijos

estaban contentos, el sol doraba sus mejillas, y correteaban felices por el jardín, como no habían podido hacerlo en el viejo castillo. Un día, contemplando la yedra, que tapaba sus ventanas de tal forma que a duras penas podía ver el jardín ni los bosques, dijo:—Yedra, amiga yedra, ¿por qué cubres como una cortina mis ventanas?

Y entonces, por vez primera en su vida, entendió las voces de la yedra, a través de la brisa que se filtraba entre sus hojas:

—Niña, querida niña, cubrimos tus ventanas para que nadie, ni los pájaros, ni los bosques, ni las altas ramas del jardín vean lo que ocurre dentro de estos muros.

Un frío viento se levanto, de pronto, allí fuera.

—Yedra, querida yedra, yo era tu amiga cuando, siendo niña, trepabas tú por la muralla del castillo de mis padres... ¿Es que no te acuerdas de mí?

—Niña, querida niña, cuando tú jugabas en el castillo de tus padres, y contemplabas la yedra con sus flores moradas, que tanto te gustaban, no era a mí a quien veías, sino a la abuela de mi bisabuela. Y ella contó a su hija y su hija a su hija y su hija a su hija, hasta llegar a mí, quien eres tú. Y por eso te queremos y conocemos, y por eso nuestras hojas están llenas de lágrimas.

La Bella Durmiente tocó las hojas de la yedra, y notó en sus dedos una humedad fresca y reluciente, como el llanto de un niño.

Pasaron algunos días, y una tarde, los niños Aurora y Día jugaban en el jardín, bajo las ventanas de su abuela.

La Reina Madre les veía ir y venir, oía sus risas y su parloteo. Aquellos días al aire libre les habían sentado muy bien, su piel había tornado un tinte suavemente dorado, sus mejillas se habían sonrosado y sus ojos brillaban de alegría. Día, especialmente, había engordado bastante, y sus rubios rizos brillaban al sol de la tarde como un casco de oro. La Reina Madre estuvo contemplándole largo rato. Cuando llegó la noche y todos en la casa estaban ya acostados, la Reina hizo llamar a sus aposentos a Rago, el cocinero. Rago era un buen hombre y un excelente cocinero. Habitaba en las buhardillas de la casa, junto a su mujer y sus hijos de cinco, tres y un año. No hacía mucho tiempo que había entrado al servicio de la casa, y estaba muy contento de tener aquel trabajo, porque, entre guerras y abusos, corrían

malos tiempos, y contar con un empleo que le daba alojamiento y comida para él y su familia era una gran suerte. Por tanto, estaba dispuesto a defender su trabajo en aquella mansión a costa de cuanto le fuera posible soportar. Pero después de oír a su señora, comprendería que aquello que iba a tener que soportar rebasaba todo lo imaginable.

Ya cuando uno de aquellos personajes que rodeaban a la señora le vino a buscar para llevarlo a presencia de su ama, un extraño presentimiento le llenó de angustia. Y, al quedarse a solas con su mujer, se miraron con la misma sospecha, algo que no se atrevían a decir, ni siquiera en la más estricta intimidad. No se dijeron, pues, nada, pero la mujer de Rago, que se llamaba Erina, le rodeó el cuello con los brazos y le miró con tanta zozobra, que el pobre iba temblando camino a las habitaciones de la señora. Cuando al fin se halló frente a ella, sólo acertó a hacer una reverencia y mirar al suelo. Los amarillos ojos de la Reina Madre se mostraban en todo su esplendor: despedían llamas.

—Rago, debes cumplir una orden mía sin la más pequeña vacilación. De lo contrario, el castigo que recibirás será horrible: no sólo para ti, sino también para tu mujer y tus hijos.

Rago, pálido y tembloroso, sentía como si sus piernas no pudieran sostenerle. Creyó que, de un momento a otro, caería al suelo y rodaría por él miserablemente.

Así que, como le fue posible, y con una voz tan débil que parecía más propia de un niño que de un hombre, murmuró:

—Sí, Majestad. Vuestras órdenes serán obedecidas tal y como mandéis. La Reina Madre guardó silencio, mientras se desplazaba lentamente de un extremo a otro de la estancia. Cuando, al fin, se detuvo, clavó los ojos en los del cocinero —cosa que nunca hacía con un sirviente— y en voz clara, aunque no muy alta, dijo:—Rago, eres un excelente cocinero. Por tanto, deseo que mañana por la noche me ofrezcas un plato muy especial.

—Como desee Vuestra Majestad —farfuleó el pobre Rago, que estaba temiéndolo peor.

—Pues bien —dijo la Reina—, deseo que mañana por la noche me presentes, bien guisado, con nabos y berenjenas, en esa salsa de vino y comino que tú tan bien preparas, a mi nietecito Día. De lo contrario, tus hijos, tu mujer y tú mismo seréis la comida de mi jauría. De modo que ahora, y sin decir palabra, desaparece de mi vista y

afánate en cuanto te he mandado... Excuse decirte que ni una palabra debe salir de tus labios y que únicamente Silo, mi montero mayor, sabe lo que te acabo de ordenar.

Tras lo cual, le indico con un gesto que se retirara de sus habitaciones, cosa que Rago hizo con gran diligencia.

Pero cuando el pobre cocinero subía las escaleras que conducían a la buhardilla, las piernas le temblaban tanto que estuvo a punto de caer rodando. Su mujer le estaba esperando a la puerta de su vivienda. Los tres niños dormían plácidamente, y sólo cuando su mujer, la bondadosa Erina, le tendió los regordetes brazos, él pudo, por fin, romper a llorar con toda su alma, y con frases mal hilvanadas, pero perfectamente entendidas por Erina, le contó la horrible orden que acababa de recibir.

Al principio, Erina se quedó muda de puro espanto. Sólo sabía acariciar la cabeza de su marido y, como él, llorar y llorar.

Los niños dormían tranquilos, el fuego del hogar ardía cálido y apacible, y el mundo, sin embargo —o por lo menos su pequeño mundo que con tanto esfuerzo mantenían—, se estaba hundiendo. La verdad era que durante años los dos habían temido que ocurriera lo que estaba ocurriendo ahora, ya que los rumores, que viajan rápidos como el viento, habían llegado desde los burgos, aldeas y villorrios hasta sus oídos. Y eran rumores que se referían a la historia de la Reina Madre y llenaban de pavor los corazones de aquellos que los escuchaban.

Fin....primer capítulo.